

Una casa con las puertas abiertas

Fernando Kuhn cmf.

Introducción

Todas las invitaciones recientes han sido encaminadas a cerrar las puertas reales con la consigna: “Quédate en casa”. Sólo se habilitaba abrir las puertas internas de la comunicación y el diálogo intrafamiliar. Al mismo tiempo, hemos abierto muchas puertas nuevas en las redes sociales buscando canales nuevos de intercambio y propuestas de la más diversa índole.

Quisiéramos realizar un breve repaso de las puertas en nuestra realidad y en la Palabra de Dios que la ilumina. Las puertas a las que haremos referencia, debemos verlas en el doble plano de lo real y de lo simbólico.

Vamos a la puerta

Cuando una comunidad se propone ser, con Jesús, comunidad “en salida” (cf. Mc 1, 38) que acoge la llamada de la Iglesia a la conversión pastoral-misionera y ecológica, se siente una casa con puerta abierta. Ahora bien, nos preguntamos: ¿Qué significa abrir nuestra puerta?

Las puertas juegan un papel importante en la simbología humana cotidiana. ¡Cuántas puertas abrimos cada día! ¡Cuántas se nos abren, cuántas abrimos nosotros! ¡Por cuántas pasamos! Veremos puertas que se entreabren, otras que abiertas nos permiten ingresar a casa de amigos.

Existen puertas de prisiones que separan la libertad de la privación de ésta. Puertas de templos que muchas veces nos conducen a ámbitos de recogimiento o de encuentro comunitario o de separación de sagrado y profano, según sean nuestras concepciones de lo religioso. También hay puertas de cementerios que separan ámbitos de vida y de muerte.

Hay puertas con cerraduras totalmente oxidadas o con una cadena que impide abrirla de cualquier modo que sea. Hay algunas que ya parecen parte del muro y no permiten siquiera imaginarse lo que fueron en un principio.

En algunos sectores han crecido las puertas sin picaporte, vigiladas por un ojo electrónico, que se abren o se cierran como manejadas por manos de duendes. En el extremo contrario, están aquellas a punto de desintegrarse marcadas por los años y por los cambios climáticos, que apenas se sostienen ya y que muchas veces no interesan a nadie. Y podríamos seguir detallando, pero nos detenemos aquí.

También en el terreno bíblico las puertas tienen una alta significación. De hecho, se nos advierte que en la vida (Gen 4, 7) el pecado se halla agazapado a la puerta, para inducir a obrar el mal. En cambio, el camino de una comunidad en salida es el de aquella que tiene su centro en el Dios, que es centro de toda la vida, es la comunidad teologal que grabó aquello que cree en el corazón, en las manos, en la frente y en los postes de las puertas (Dt 6,4-6.9) y que es una comunidad proyectada hacia afuera. Como dice Sal 147, 12- 14: “El reforzó los cerrojos de tus puertas, mantiene la paz y da el trigo en abundancia”.

Una comunidad en salida que está dispuesta a todo tipo de periferias sabiéndose sostenida por el Señor que es el Rey de la Gloria (Sal 24, 7) y no hay sector donde no se pueda ingresar. De todos modos, estando prevenidos de todo tipo de triunfalismo, que tanto mal nos ha hecho en la historia. En lo personal, la propuesta no es invasiva (Ap 3, 20 “Mira que estoy a la puerta y llamo”). En lo comunitario y social se nos advierte que el camino no es para nada fácil (Mt 7, 13-14: “entren por la puerta estrecha”).

La posibilidad de estar siempre abiertos/as es que creemos en Aquel que ha dicho: “Yo soy la puerta. El que entra por mí, se salvará” (Jn 10, 9-10) y que puede hacerse presente en todo momento en la dinámica interna de la comunidad abriéndola a dimensiones insospechadas pues, puede aparecer aún “estando cerradas las puertas” (Jn 20, 19). Esta experiencia genera la posibilidad de la salida y nos hace accesibles los límites aparentemente insalvables, como se nos refiere en Hech 14, 27, donde el Espíritu ya había abierto la puerta de la fe a los paganos. Por eso somos testigos y mensajeros/as.

Las actitudes que permiten esa apertura total y la salida misionera que recoge todas las interpelaciones con que la realidad golpea a nuestra puerta, son arraigadas en la contemplación con:

- a) La convicción firme que genera una solidaridad constante como la que afirma Job 31, 32, “yo abría mi puerta al caminante”, anticipándose al criterio de juicio que se blandirá y expresará en Mt 25, 31 ss.
- b) Una actitud contemplativa que nos desafía a ser una comunidad que se muestra con humildad, habitada por la Palabra de Sabiduría y que, ante los interlocutores, no la oculta sino que la exhibe, (Sab 6,12-14: “la encontrará sentada a su puerta”).
- c) El claro compromiso ante toda forma de idolatría y esta actitud se basa en Mt 6, 5-6, radicada en un/a religioso/a capaz de silencio que “cierra la puerta y ora a su Padre”.
- d) Debemos comprometernos en una actitud de discernimiento permanente que nos deje adentro y no tras la puerta de la historia por no haber intervenido de la manera adecuada desperdiciando las ricas posibilidades de nuestros carismas (Mt 25, 10; Lc 13, 25-26).